

DISCURSO

PRONUNCIADO POR

JESÚS OLIVA

En la velada literaria que se verificó en León,  
con motivo de la solemne Coronación

DE LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ,

El 8 de octubre de 1902

UAN

BT660

.L9

04

C.1

MÉXICO

DEL GOBIERNO FEDERAL EN EL EX-ARZOBISPADO  
(Avenida Oriente 2, núm. 726)

1902

BT660

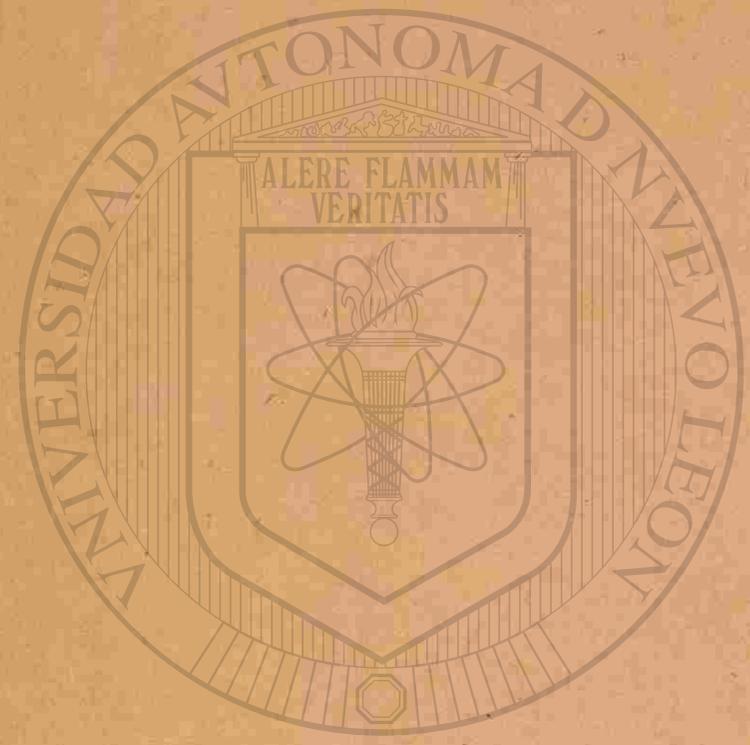
.L9

04

c.1



1080024931



SUB.

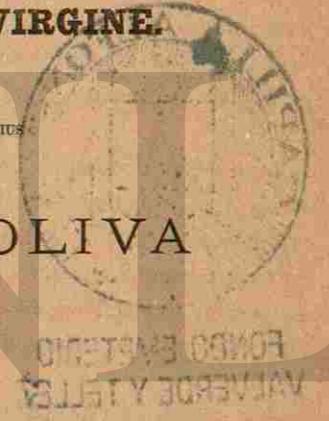
ADVOCATIONE. LUMINIS.

DEIPARÆ. VIRGINE.

HUJUSCE FILIUS

IESUS OLIVA

HUJUSCE



Ei parvum dicat laborem.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

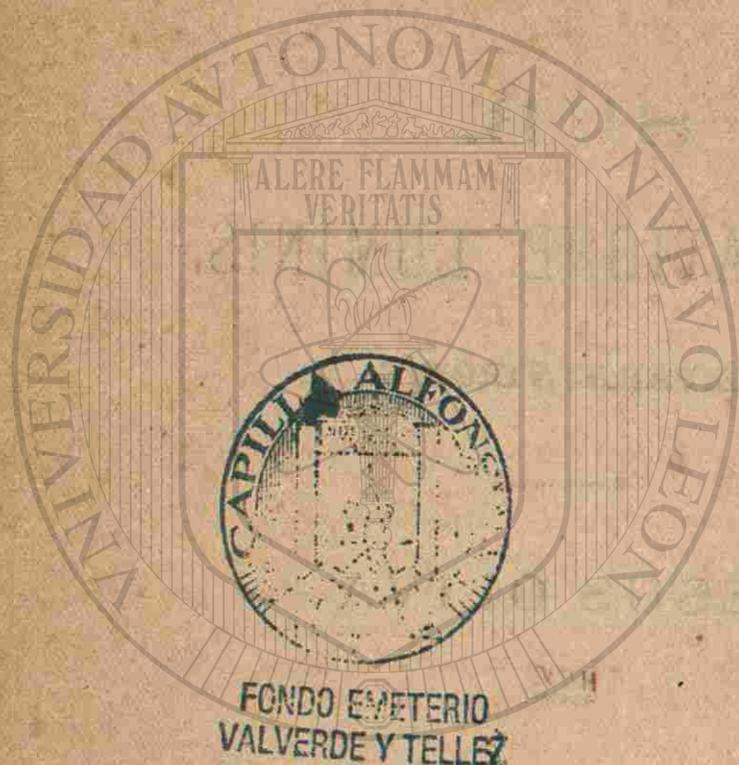
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BT660

029

04



ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:

SEÑORAS Y SEÑORES:

**D**IOS, autor de la naturaleza y de la gracia, restaurador universal de todos los seres, y perenne conservador de las cosas y de los espíritus, nada ha hecho sin razón, y todo obedece á su sabia Providencia suma.

Apenas alborea el primer día de la creación, y luminicos seres pueblan los infinitos espacios de la celestial morada; creados inteligentes y libres, unos se abrilantan más por el acatamiento á los designios de la voluntad divina; y otros palidecen, y turbios cristales, se rompen, y caen desgajados hasta el oscuro abismo, en pena de su rebelión soberbia. Y no hay perdón para aquellas altísimas criaturas.

Muy de otro modo acontece con el hombre: el inmenso panorama de la creación visible nos lo presenta como el florón más rico de sus bellezas, como el epílogo de sus primores, en que se admiran con magnificencia la imagen y semejanza del Supremo Artífice.

Mas el vaho satánico empañó aquellos límpidos espejos en que se miró la faz divina. Y en la clara inteligencia de los protoparentes de la humanidad se sienta en gruesos toldos la ignorancia, y de sus corazones, fructíferas manan las semillas de las pasiones: y el bien y el mal se dividirán el mundo.

Y Dios, en esa primer derrota de la humanidad, no deja perecer á la obra predilecta de sus manos. Ya desde *ab eterno* había decretado redimirla y salvarla; le depara una madre que aplastará

á la infernal serpiente, y así se cumplió. *Esa Virgen Santísima que hoy coronamos ha sido en todo tiempo la salvación de la humanidad y con razón, como me propongo repetirlo, ha sido y será la esperanza, la gloria y el regocijo de nuestro pueblo.*

¿A qué recordar los males sin cuento que orillaron á la humanidad hasta el abismo tan negro de la destrucción universal? El brazo poderoso, con maravillas imponderables aun para el lenguaje de los ángeles, la salva de la muerte. Toda carne había corrompido sus caminos; curada la humanidad de aquella lastimosa caída, le quedan en sus hondas cicatrices gérmenes que la estimulan al mal y la empujan al abismo. La lucha sostenida en los tres primeros siglos de nuestra era entre el enfermo y sus medicinas reconstituyentes, hicieron estremecer al mundo que ya casi ciego no sabía buscar la Luz. En las naciones, á pesar de su regeneración, habrá alternativas de ascenso ó descenso; unas veces serán como el sol de Oriente á la mitad del día, y otras, como el sol hacia su ocaso.

En esas estaciones de la vida moral de la humanidad se ve que, mientras se elevan ó caen los imperios, se fundan ó destruyen las naciones, las épocas se eslabonan, las luchas renacen, los espectáculos se reproducen, y en esos cambiantes de flujo y de reflujo, llega á acontecer que la fría sensatez vale más que el viril y generoso entusiasmo, que el cálculo egoísta tiene más actividad que la expansión del sentimiento, que las pasiones son más fuertes porque están más concentradas, que los ideales sólo son bellos cuando se forjan de la materia y por la materia; entonces el error ó la duda suplen á la verdadera ciencia, la comodidad á la dicha, el refinamiento á la grandeza, los descubrimientos físicos á los vacíos morales, y llega á juzgarse que la molición, engolfada en la opulencia, es el bienestar, y el suicidio, al menor contratiempo, se tiene como la suprema dicha. Y esta sociedad sentada en el oropel de sus trofeos, en las poquísimas conquistas de su inteligencia, sobre sus inventos admirables, sobre sus tesoros y artefactos, no tiene vista para mirar al cielo, y sólo clava sus miradas al seno de la tierra en donde ve su fantasma de gloria; y por eso sus filósofos no crían sino el caos de doctrinas para la política, y los cantos de sus poetas no son sino sonidos huecos, sin luz, sin belleza, sin arte, sin verdad. No debe sorprender que entonces se llame luz á las tinie-

blas, libertad á la tiranía, bienestar á la pobreza, y virtud al desenfreno de las pasiones. Degradada así la humanidad, quebrantados los vínculos de perfección, todos los hombres, considerados en sí, son ante Dios como si no fuesen.

Mas desde el aparecimiento del cristianismo, los pueblos no mueren del todo, sino que de en medio de ellos surge la luz bienhechora de salvadores principios; y la religión, en último término, abarcando á toda la humanidad, es la palabra que le resuelve todo problema, que le revela todos sus destinos, fija los deberes, y, satisfaciendo todas las necesidades, regula todos los sentimientos: y así, los vacilantes gobiernos se consolidan, los vínculos sociales se estrechan, y las clases populares armónicamente se invaden, la vida pública de la sociedad con menos frecuencia se turba, y la vida intelectual es sólida, grandiosa, levantada: los hombres se unen con fraternales ligas, buscan al cielo como á su común patria, y á Dios como á la fuente perenne de todo bienestar. Mas para gozar de todos estos beneficios de la Bondad Divina, el acueducto universal es María, la madre de Dios. Ella ha sido el arca de salvación en todos los peligros universales de la humanidad. Cada advocación de la Santa Madre recuerda una época de prostración ó gran peligro para los pueblos, y de gloria para la corredentora del mundo, porque á ella se acude con los títulos de hijo, para implorar su auxilio, y ella, liberal y magnífica, nos escucha y se goza en que la llamemos Madre y le recordemos sus virtudes. Y desde luego, por su intercesión, Dios nos mira como á sus hijos, con el ropaje de Cristo; y como el hijo es de la naturaleza del padre, de nada que éramos nos hace sus amigos, sus hermanos, y lo que es más, nos hace dioses, por su amor.

El mundo de la gracia no se opone al orden y concierto de la naturaleza: suelen los niños con infantiles gracias y en ciertas circunstancias llamar á su madre *la buena, la linda, la señora, la bella*, porque en tales ocasiones cuadra llamar así al ángel de sus días. En el orden de la gracia, en el orden sobrenatural y con el lenguaje de los santos denominamos también á nuestra Madre la Virgen, la Reina, la Señora la Madre Santísima, y como si esto no bastara, busquemos algo que más especifique la causalidad de nuestro particular afecto, y añadimos: de la Merced, del Refugio, de la So-

ledad, de los Ángeles, del Carmen, de la Esperanza, de la Salud, de Guadalupe, de la Luz..... y en muchos casos la misma Santísima Señora manifiesta su voluntad de que se le llame así; porque en cada denominación se entraña una causa particular del afecto que debemos profesarle.

En México, nación mariana, asiento escogido por la tierna, dulce y cariñosa Madre de Dios para vivir en los latidos de todo corazón mexicano, su amor crece y más crece, y de innumerables modos se significa nuestro afecto mariano. Un autor guadalupano nos dice que no hay choza ni alcázar en los vastos dominios de nuestra patria que no tenga una imagen de la dulce Reina del Tepeyac, como prueba del amor tan dilatado, intenso y entrañado á la Virgen Madre. En su advocación de Madre Santísima de la Luz ha difundido también como sol en meridiano avance en todo el territorio nacional; y la católica Puebla le ha consagrado varios cantos ensayados en la lira de sus poetas, muchos catecismos y sermonarios en lenguas del país, como lo es el rico, sonoro, enérgico, suave y dulce idioma mexicano, el que por la cortesanía de sus frases es propio de las áulicas mansiones, y pudiera llamarse el lenguaje de los dioses, si tuviéramos Olimpo; por el amor mariano se erigen templos y altares á esta Santa Imagen en casi toda la República, aun en lugares muy apartados, y los templos de la capital y de sus alrededores casi todos le han consagrado un altar. Y tú, León, ciudad bendita, ciudad de mis recuerdos, ciudad de asilo en los aciagos días, no tienes casi habitación en tu vasta Diócesi donde no se halle la Santa Imagen de tu Celestial Patrona. Por ese culto y amor en las aguas lustrales del bautismo con el crisma se marca también el nombre de *Luz* sobre muchos de tus hijos. ¡Oh cuántos llevan este nombre! Y es que, así como del bien nace el bien; y del fuego el fuego brota; así de la Luz la luz se engendra.

En el mundo corpóreo la luz es la creatura más bella, y en la región de los espíritus Dios es Luz y Luz de Luz. Y así como el sol se alza de tus montañas derramando el bien; así por encima de tus doctores y tus levitas, por encima de los altares de tus templos, y en los lugares venerandos de las moradas y aun de las chozas de tus hijos, en sus adoratorios particulares, en sus rosarios y hasta en sus adornos..... brilla la imagen de la Madre Santísima de la

Luz, que ahuyenta las tinieblas y seca con su fuego el vaho de Satanás. Millares de millares de labios te pronuncian cada día alabándote ó pidiéndote algún lenitivo á sus dolencias. Tú vives con los hijos de este gran pueblo desde que nacen, y á muchos has llevado á la claridad de la Patria. ¡Cómo no amarte, Madre mía! ¡Cómo no coronarte como á nuestra Reina y Señora! ¡Cuántos pueden, como yo, decirte: “desde los primeros años, cuando no se sale aún de las gracias infantiles, aprendimos tu nombre, los cantos de tu amor mecieron nuestra cuna, y nuestros sueños de niño fueron ofrecer el corazón á tu tiernecito hijo? Después, cuando el corazón se iluminó con las centellas de la inteligencia, corrimos á alistarnos entre los hijos que te aclaman su Santa Madre. ¡Cómo se recuerda entre lágrimas aquel amor primero! Un pueblo crecido con la leche de tus divinos pechos no puede dejar de ser feliz.

Las tempestades rugen en torno nuestro, pero tú las acallas; las pasiones se alborotan con toda la negrura y furores del abismo, pero tú nos salvas; la familia de Satanás nos provoca á que te odiamos, pero tu divina sonrisa nos mantiene inamovibles en tu amor. ¡Cómo no coronarte, cómo no demostrar con un algo el afecto, la gratitud, y el amor que te guardan nuestros corazones! Que es pobre nuestra ofrenda no puede negarse; mas entre los que se aman todo objeto simbólico se agiganta y tiene un valor relativo que los guarismos no expresan. Recíbela, ¡oh Madre! y en las palpitaciones de júbilo de todos los que han visto coronada tu cabeza, habrás adivinado las lágrimas, los suspiros, los dolores inherentes á la vida del desterrado que suspira por la patria, entre los consuelos tuyos que nos torna valle de flores el suelo que habitamos. No apartes de nosotros tus miradas: ellas serán para el enfermo, la salud; para el doliente, la esperanza; para el triste, el dulce consuelo; para el ignorante, la luz celeste; para el navegante, el puerto; para el que muere, la Cruz de Cristo que rompe el oscuro cortinaje de la tumba, y para el justo, la celestial delicia con esplendor del verbo.

Descendientes de la vencedora de la serpiente, ¡oh María, te bendecimos: *Ave, gratia plena!*

DISCURSO



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

